

El depósito subterráneo de agua bajo las Tendillas

No es un lago, sino un gran aljibe, al parecer romano

Han pasado ya ocho días desde que, en nuestro número uno ofrecíamos la primera parte de este reportaje. En él invitábamos a los cordobeses a proporcionarnos datos sobre el el lago subterráneo de las Tendillas. Muchos lo han hecho. Con este reportaje terminamos, por ahora, la información, pero no agotamos el asunto. Un dragado de la entrada por Juan de Mena o una perforación de las Tendillas, nos diría la última verdad, a la que nosotros sólo hemos pretendido aproximarnos.

medio punto y la bóveda encañonada. En este lugar, con agua a las rodillas se cruzan unas galerías de dos metros de alto, por otro tanto de ancho y que concluyen en un aljibe de casi mil metros cuadrados de superficie. Galerías ramificadas diversifican la teoría de conducciones con las que los viejos cordobeses, romanos o árabes hicieron obras de ingeniería hidráulica que hoy, aún, nos asombran.

Ana María y Alejandro nos recordaban ayer los numerosos aljibes, alcántaras y cloacas de la zona central de Córdoba. Por Ramírez de Arellano, por Santa Ana, en el mismo Museo Arqueológico existe una.

En la calle Nueva o Claudio Marcelo, visitable totalmente, con autorización, claro está de su dueño, en la tienda de confecciones de Zafra Polo existe un aljibe, comunicado con otra gran bóveda de unos veintidós metros cuadrados aproximadamente, parece que obra de la Baja Edad Media y que sin duda se alimentaba con aguas del mismo origen como narrábamos en el reportaje anterior que sucedía con el venero de Santo Domingo de Silos.

No se agota el agua

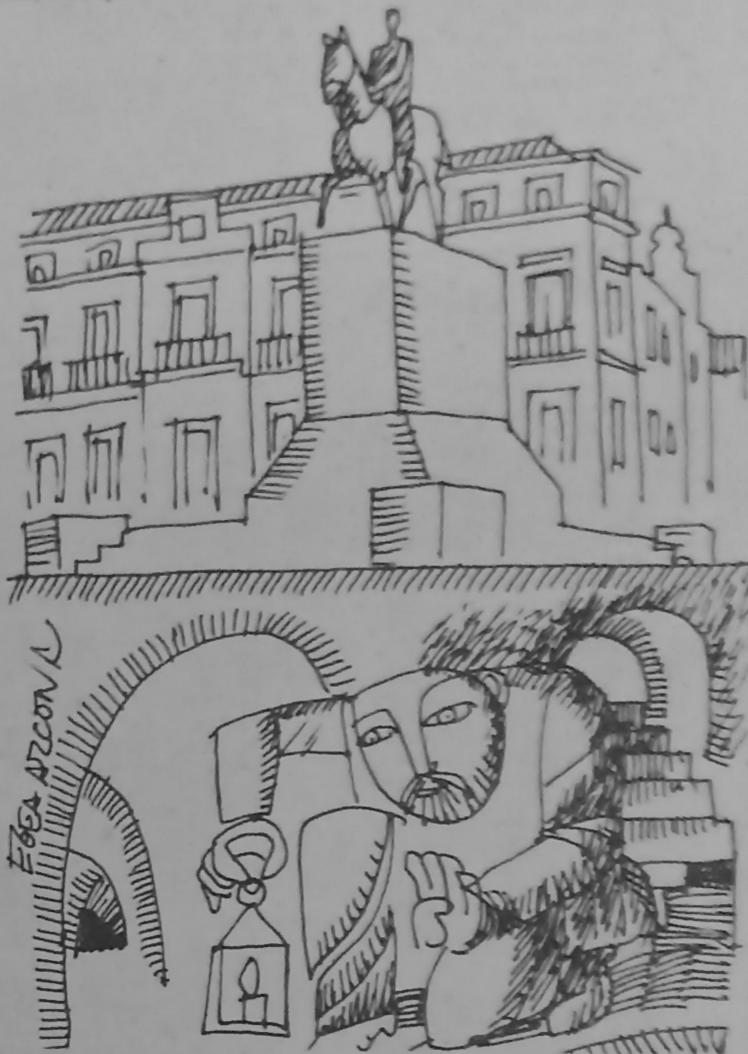
De todos los tiempos hay testimonios de la riqueza y calidad de las aguas de Córdoba. Medina Azahara estaba privilegiada con los estanques a los que llegaba el agua directamente por conducciones. Conducciones que Abderramán III al Nasir prolongó hasta el palacio califal de Córdoba—ciudad, en las proximidades de la Mezquita, que habitó antes de la construcción de la ciudad residencial de Azahara.

Casi hasta nuestros días, las aguas subterráneas han sido aprovechadas. Yo he bebido el agua del Cabildo, sobre cuya propiedad, medida en pajas y medias pajas (una paja equivale cinco litros por minuto) existen numerosas escrituras notariales. Adosado al muro norte del patio de los Naranjos, en su exterior está aún el centro de distribución que en tiempos controlaba un empleado de la compañía. Otra compañía se repartía las aguas de la Compañía o Santo Domingo de Silos. ¿Quién no ha conocido la alcubilla de la Puerta de Almodóvar?

Mucha gente ha hablado en Córdoba del gran lago bajo las Tendillas. Pero hasta ahora poco se ha sabido. Rafael de la Hoz, coincide en que debe tratarse de un gran aljibe. «Es uno de mis sueños frustrados. Yo de joven fui aficionado a la espeleología. Con otros amigos, entre ellos Antonio Gala quisimos bajar. No nos concedieron permiso, porque éramos unos críos. Mi padre me alentaba a estas aficiones y me presentó a varias personas mayores que lo habían visitado. Debe ser de proporciones colosales. Es auténticamente cierto. Hay otros parecidos en Constantinopla. En Nápoles existe y yo he visitado un aljibe inmenso, se llama, creo recordar algo así como la piscina maravillosa, ahora sin agua, foco de atracción turístico y cuya capacidad de embalse es mayor que la catedral de Sevilla o de Reims. Piensa, me decía la Hoz, que almacenaba agua suficiente para alimentar a toda la flota romana. Algo así debe ser el depósito de las Tendillas. Un depósito acumulador y a la vez regulador. Lo admirable es que en el sitio más alto de la ciudad, los viejos cordobeses encontraran y condujeran el agua. Un agua que es casi inagotable. Cuando yo construí el actual Banco Ibérico para la refrigeración se hizo un pozo que extrae el agua del nivel de ese aljibe y la vierte a otro pozo que la acumula y que se emplea para la refrigeración».

Antonio Cabrera, en el Palacio del Cine hizo algo parecido. Sondeó un pozo del que «inagotablemente, aún en verano y en los años más secos» se extraía el agua. En casa de los Condes de Colomera, en el comienzo de la calle Duque de Hornachuelos, esquina con las Tendillas, Antonio Alarcón, su hijo, me cuenta que en un trozo de patio que compraron sobrante de las obras de Simago, en el edificio palacio donde estuvo Correos en Jesús María, había un pozo, del que ellos sacan agua para una pequeña piscina.

Los testimonios son infinitos. Pero, quizás, sea más ameno contar cómo se descubrió la entrada que hemos utilizado en la casa propiedad de don Emilio Molleja, en tiempos de su padre, don José



Era el año 1937.

De Toreros a albañiles

En 1937, José Molleja, padre del recientemente fallecido presidente de la Cámara de Comercio e Industria, de igual nombre y de otro varón, Emilio, recibió la casa de la calle Juan de Mena número tres después de un arrendamiento que habían tenido de la misma a un negocio de fonda o pensión.

Decidieron habitar la casa y ordenaron a un albañil que realizara las reparaciones necesarias, blanqueo y acondicionamiento de la misma.

Antonio Mata, mozo de espadas de Zurito (en sus comienzos también llevó los trates de el Cordobés, cuando aún se llamaba el Remco), se buscaba por aquellos años de la guerra las habichuelas como albañil. Este fue el «oficial» que mandó el contratista con el que trabajaba, Federico Valera Espinosa, Mata, que ya tenía el gusanillo y las compañías de la gente del toro se llevó de peón a un banderillero, hermano de Virutas, apodado el Chivita, al que no le iba el trajín de acarrear ladrillos, pero «a ver que vi a José doña Carmen si don Bruno ha dicho que ar que se encuentre parao por la calle lo manda a las trincheras!».

«Chivita de mi arma, ¿tú has visto la escalera esa que tira pa el sótano?»

El Chivita la había visto, convertida en un almacén de charriería con los trastos viejos de los fondistas. Jofainas de porcelana desechadas, palancaneros rotos, útiles desvendados. Don José le mandó limpiar el sótano que sólo aparentaba un tramo de escalera y un ensanche a modo de sala, de unos nueve metros cuadrados. Uno de los testers, precisamente el que ocultaba la escalera abovedada de ladrillo, llamó la atención de Antonio porque los ladrillos que cerraban el paso no estaban trabajados con la fábrica general, como el resto de la obra. Mata, experto, se dio cuenta de que allí había gato encerrado y dando golpes sobre el

citaban con una machota comprobó el sentido clásico que denunciaba que estaba hueco.

En busca de un Tesoro

Se lo dijo al señorino y este le ordenó que registrara el fondo. Con una palanqueta echó abajo unos cuantos ladrillos y en uno de los cavites la palanqueta se cayó dentro. Encendiéndose unos papeles a través del agujero abierto se le puso de relieve que una bóveda bajaba perdiéndose en las sombras. —¿Mata tú que si hay tesoro de los moros? —¿Cuánto sabes!

Desembarazada la cámara primera de los ladrillos que la tapaban, con un carburo que Molleja mandó traer de «La Campana», Mata y Chivita iniciaron la busca de los tramos sucesivos de escaleras. En uno de los ladrillos era visible una fecha, grabada con una punta dura: 1442. Fueron descubriendo los nichos—como llama Mata a una abertura de pozo y un pequeño arco-alcana que encontraron a su paso y así descendiendo los cuatro tramos de escalera hasta llegar a una cámara o bodega romana, cuyas intactas tinajas excitaron el interés de los albañiles y les evocaron las viejas historias de Ali-Babá y las palabras mágicas abrakadabrabras, los rituales para abrir tesoros.

Ni monedas, ni por supuesto restos del dorado vino pompeyano que daban en el vientre de las tinajas, pero cerca y frente a ellas, un arco de medio punto con los ladrillos adobelando un pasadizo les ofreció el lago o aljibe que da lugar a esta historia.

Siglos haría, presumiblemente desde finales de la Edad Media en que el lugar había permanecido clausurado. La falta de análisis de los ladrillos del tapial primero perdidos, claro está nos impiden fechar el momento del empareamiento. Pero no sería impensable que las bóvedas y pasadizos hubieran sido cerrados en tiempos de la conquista de la ciudad por San Fernando en 1236, ya que la fecha grabada en el ladrillo que Mata viera puede ser la data correspondiente. Don José Molleja, cuando tuvo expedido y limpio el pequeño lago colocó un motor—bomba con una manguera de ocho centímetros de diámetro, nos cuenta Mata, y elevando el agua a la alcantarilla la tuvo funcionando varias horas para ver la capacidad y comprobar si bajaba el nivel. No bajó. Cambió la bomba por otra mayor con manguera de doce centímetros de diámetro, Mata clavó una alcayata y de una guita suspendió un chino, justo en el nivel del agua. Tras muchas horas funcionando, el nivel no se movió.

Siendo niñas las hijas de don Emilio, en los veranos, el patinillo de entrada a Juan de Mena tres se usaba modo de pequeña piscina a la que el agua no dejaba en todo el verano de subir con un motor. Nunca se agotó.

El hermano Tomás, el más antiguo de los Maristas, conoció el lugar ya que las Escuelas Pías pertenecieron a la comunidad que mantiene un centro de enseñanza. Bajo el patio, —se trata de la casa contigua a la Casa del Pueblo de Juan de Mena— hay también unos sótanos abovedados. Toda la manzana fue propiedad de la «Compañía» de Jesús y es posible que las bóvedas se comuniquen.

Hemos encontrado numerosos testimonios. Muchos lectores nos han llamado para informarnos. Y el sentimiento más generalizado es que el gran lago, o el monumental aljibe debe investigarse, hacer lo posible por convertirlo en visitable. Y no sería mal camino comenzar la excavación por el urinario de caballeros de las Tendillas, porque, como decía la Hoz Arderius, «si se descubre el aljibe, se confirma su origen romano, sabremos algo que nunca hemos sabido, el número de habitantes que llegó a tener Córdoba en los siglos primeros de la Era y que sin duda bebían de este agua».

SEBASTIAN CUEVAS

Pedro Cortés, espeleólogo, nos contaba sus recuerdos juveniles: «Nacimos bajo agua, algo menos de trece metros, y de pronto emergimos las cabezas y encontramos aire, una gran cámara. Tengo la impresión, al cabo del tiempo, que las paredes eran obra humana. Creo que no estábamos en un lago natural sino ante un gran aljibe. Un inmenso aljibe que ocupaba gran parte del subsuelo de las Tendillas. Eso, continúa diciendo no es raro. Bajo las plazas de armas de los castillos suele haber unos grandes depósitos destinados al almacenamiento de agua para el uso de los habitantes y guarniciones, que, a veces, debían resistir asedios de larga duración».

No lejos de las Tendillas estaba la Córdo, ba romana fundacional de Claudio Marcelo. El foro, cruzado por sus dos calles rituales el cardus y el decumanus estarían situados María Vicent y Alejandro Marcos, en el espacio que hoy ocupa la cuadrícula marcada por las calles Góngora, Ramírez de Arellano y Cruz Conde, que cruzaría. Es la parte más alta de la ciudad, especie de acrópolis eminente que tiene su cota más elevada exactamente en la calle Pírrero, en el rincón donde hubo en tiempos un urinario público.

En esta zona, a catorce o quince metros se encuentran abundantes pozos, acaso el propio manto freático de la ciudad que, en las Tendillas actuales, encontraron la confluencia de las aguas procedentes de los alcores de la sierra y la mano del hombre que preparó el gran aljibe que visitó Pedro Cortés en los años sesenta y que anda en lenguas de los cordobeses como el gran lago subterráneo.

Numerosos pozos o aljibes

A este respecto conviene recordar que tanto las Tendillas, como la calle Nueva no eran como hoy sino que estaban ocupadas en parte por casas. El hotel Suizo en las Tendillas, casas que hubo que derribar para hacer la calle Nueva que une la plaza con la Espartería.

Pedro Cortés, una vez explorado como pudo el gran aljibe recorrió en sentido inverso el pasadizo o galería y sumergiéndose por el sifón regresó otra vez al pozo o pequeño lago de la calle Juan de Mena, número tres, donde nosotros iniciamos el reportaje. «Ahora, al cabo de los años el sifón y las galerías estarán cegadas de arena y de aluviones de la propia corriente. Ya entonces, era difícil pasar. Habría que dragar la entrada hasta encontrar el camino fácilmente», concluye Pedro.

Cortés hizo la expedición acompañada de un compañero espeleólogo que ahora vive en Brasil. Pero no fue esta sola. Hicieron otras incursiones por sitios semejantes. En Mirabueno, la estación de ferrocarril tan desconocida de los cordobeses y que está a quinientos metros del Barrio del Naranjo, hay otra serie de galerías que Pedro Cortés considera que son romanas por su tipo constructivo, que, entre otras cosas, utiliza el arco de

Publicidad en nuestras páginas

Para su publicidad en LA VOZ DE CORDOBA puede dirigirse a cualquiera de estas empresas:

- BOIX, Publicidad. Avda del Generalísimo, 19.
- ESTUDIOS HERREROS, Marqués de Boil, 4.
- FARO, Publicidad. Gondomar, 19.
- MARQUEZ, Publicidad. Morería, 7. 3º E.
- PAREJO, Publicidad. Marqués de Boil, 5.
- PROGRAMARK, Góngora, 5.
- PUBLHNSA, Cruz Conde, 19. 4º.
- PUBLIMEN'S, Gran Via Parque, 25. D. 6º. 2.
- SENECA, Publicidad. Reyes Católicos, 15.
- ANDALUZA de Publicidad. Cruz Conde, 19. 4º.